

El Liberal

DIARIO DE UNIÓN REPUBLICANA

Año 24

Mahón, viernes 8 de Enero de 1904.

N. 6746

SECCIÓN POLITICA

Con pluma ajena

«Diario Universal», el periódico más importante y autorizado de la fracción Moret Romanones, vuelve por los fueros del sentido común y de la verdad, contestando al artículo «Manchegas de Salmerón», con el siguiente, que no tiene réplica:

«Sinceridad»

Hacen mal los periódicos monárquicos en tomar á burla la propaganda republicana y á chacota el mitin celebrado por el Sr. Salmerón en Alcázar de San Juan. En esa actitud, ni tienen razón ni son sinceros. No podemos afirmar, sin mentir á sabiendas, que el incremento del partido revolucionario no ha sido objeto de positiva preocupación de los elementos más afectos á la monarquía. Ahí están como testigos las colecciones de los periódicos de estos últimos ocho meses, testimonios veraces, aun á pesar del espíritu que á veces los informa. Ahí están los trabajos hechos en vísperas de elecciones, las circulares de propaganda monárquica, los recuentos de votos...

Con decir otra cosa no se defiende á la monarquía y se ofende á la verdad. Suele entre nosotros seguirse la práctica de afectar confianzas y suponer fortalezas por todo el mundo negadas: esa es la política vieja, política de engaño, que no sirve para otra cosa que para excitar el menosprecio hacia quien la ejercita. Lo más sano y fructuoso es decir sinceramente la realidad de las cosas. Ni aun á la buena fe de los creyentes sencillos hay que dejarles las telarañas en los ojos; porque no es el más leal el más miope.

Los republicanos, desperdigados por Sagasta y por muchos años de política liberal, se han rehecho con una fuerza que nadie sospechaba. Hoy son un innegable peligro para el régimen imperante, como lo es siempre todo partido de tendencia revolucionaria con alguna organización y no escaso arraigo en el país. Negarlo sería majadero. Solo los avestruces se libran del temor ocultando la cabeza para no ver el peligro; y aun cuando en nuestro mundo político no escasean los avestruces, no es caso de que por espíritu de rutina y flojedad de ánimo les demos la razón.

Son un peligro porque influyen con eficacia en la vida política. La prueba está en los debates parlamentarios y en la composición de los ayuntamientos. Si alguna duda queda, basta para convencerse considerar cómo la política de estos últimos seis meses ha girado alrededor de la campaña republicana, y según su menor ó ma-

yor amenaza han subido y bajado gobiernos, se ha respetado ó atropellado la ley, danzando los monárquicos al son que les han tocado los republicanos. Esto es muy doloroso de reconocer, pero es la pura verdad, y conviene confesarlo así para buscar los caminos de la enmienda.

Suponemos que ya habrá huido la esperanza de los que confiaban en las divisiones intestinas como agente destructor de los republicanos. El tiempo corre y los pronósticos no se realizan. Entre los republicanos hay una gran variedad de tendencias, desde la que personifica Melquíades Álvarez hasta la propagada por Lerroux, pasando por el federalismo de Vallés y Ribot. Pero eso no es causa de muerte. Por análoga diversidad existe en el campo de la monarquía, donde lucen desde los reaccionarismos de Maura y Silvela hasta los radicalismos de Romanones, pasando por variedades tan opuestas como el individualismo fósil de Montero Ríos y el socialismo vergonzante del arrepentido Canalejas; y, no obstante, esto se considera signo de vitalidad.

Los republicanos, lejos de disminuir, van aumentando. Los hombres políticos podrán no seguir este movimiento, salvo contadas personas y casos; son los hombres políticos los que menos conocen los estados sucesivos de la conciencia española, porque, rodeados de gente aduladora que les falsea la verdad atentos á halagarles, no sufren la contradicción en que se purifican los juicios. Pero los periódicos, que por lo común saben de esta y de otras muchas cosas más que todas las águilas desplumadas á la que dá la política renombre de sabias, él se encuentra en el caso de registrar paso á paso ese fenómeno.

La organización republicana se ha extendido considerablemente por los distritos rurales. Pueblos donde hacía muchos años que no se oía hablar de República sino como cosa hipotética y vaga, tienen hoy su comité funcionando, sus listas de inscripción, su censo republicano, sus compromisos pactados. Regístrese la situación de Cataluña y Galicia. Personaje hay á caballo sobre un cacicato, que ve con asombro cómo se le funde y disuelve su montura.

Esta situación hay que reconocerla y combatirla. Los republicanos prosperan merced á la atonía y falta de virtud de los hombres y partidos monárquicos. Aquellos van al pueblo, le predicán, le organizan, le hablan el lenguaje de la verdad; éstos cada día se apartan más del pueblo, lo menosprecian, ó, por lo menos, no lo sirven, y le hablan un lenguaje que no entiende aquél, porque en lugar de recoger los ecos de sus dolores y los latidos de sus necesidades, le pintan cuadros de señorial engrandecimiento, de esfuerzos militares, de histó-

cos destinos, de todas las cosas que tuvieron un día gran sustancia, pero que hoy son mortaja brillante de pensamientos podridos.

Y así se va á la perdición.»

A la perdición de la monarquía; á la salvación de España por la República.

La Catedral

«Es verdad: la Iglesia ha muerto. Lo que combatimos son sus restos. El vulgo cree que aún vive porque la ve y la toca; ignora que una religión tiene en su vida los siglos por minutos y que pasan generaciones y generaciones entre su defunción y su entierro. Siglos antes de nacer Jesús ya estaba muerto el paganismo. Los poetas de Atenas se burlaban en la escena de los dioses olímpicos: los filósofos los despreciaban. Sin embargo, aún necesitó el cristianismo muchos años de propaganda y el apoyo político de los Césares para acabar con él. Y ni aun así acaba, pues los dogmas son como los hombres, que al morir perpetúan algo de su ser en la familia que les sucede. Las religiones no desaparecen repentinamente por escotillón; se extinguen lentamente, infiltrando una parte de sus creencias y sus ritos en la religión que las reemplaza. Hemos nacido en uno de estos periodos de transformación: asistimos á la muerte de todo un mundo de creencias. ¿Cuánto durará la agonía? ¿Quién sabe? Dos siglos, tal vez menos; lo que tarde á cristalizar en la humanidad una nueva manifestación de su incertidumbre y su miedo ante el gran misterio de la Naturaleza. Pero la muerte es segura, indiscutible. ¿Qué religión ha sido eterna? Los síntomas de defunción se ven por todas partes. ¿Dónde está la fé que arrastraba á la muchedumbre belicosa de cruzados? ¿Dónde el fervor que levantaba catedrales con seráfica paciencia durante doscientos años, para albergar una hostia bajo una montaña de piedra? ¿Quién se azota hoy y martiriza su carne y vive en el desierto pensando á todas horas en la muerte y el infierno?... En España, tres siglos de intolerancia, de excesiva presión clerical, han hecho de nuestra nación la más indiferente en materias religiosas. Se siguen las ceremonias del culto por rutina, porque hablan á la imaginación, pero nadie se toma el trabajo de conocer el fundamento de las creencias que profesa; se acepta todo sin reflexionar; se vive á gusto, con la seguridad de que á última hora basta morir entre sacerdotes con un crucifijo en la mano para salvar el alma. Tanto apretaron en tiempos curas, frailes é inquisidores, que la máquina de la fé saltó en mil pedazos y no hay quien arregle este artefacto que requiere la cooperación de todos. Y esto fué una fortuna, amigo don Martín. Un siglo más de intolerancia religiosa, y España hubiera quedado como esos musulmanes de África que viven en la barbarie por su excesiva religiosidad, después de

haber sido los árabes civilizadores de Córdoba y Granada.»

BLASCO IBÁÑEZ.

Del discurso de Azcárate

Hemos leído en el «Extracto Oficial» el magistral discurso pronunciado en el Congreso por el Sr. Azcárate y nos ha parecido tan admirable que vamos á reproducir hoy de esa notabilísima oración la parte referente á lo que llama el sabio catedrático la moral de los presupuestos ó, mejor, las relaciones del presupuesto de ingresos con el orden moral.

Inmoralidades del presupuesto

Las redenciones á metálico.—La Lotería.—Las jugadas de Bolsa.—Las Derivas.—La subvención á la Transatlántica.

«Hay cuestiones en ese presupuesto de ingresos que trascienden del orden jurídico y llegan al orden moral. ¿Y cómo no ha de trascender al leer en esos epígrafes: «Redención del servicio militar», si se tiene en cuenta que no equivale esa cantidad á la que figura en el presupuesto de gastos para los enganches y reenganches, de donde resulta que la redención del servicio militar es una fuente de gastos para el Erario, resultando otro impuesto progresivo al revés, bien tremendo, porque los que se redimen satisfacen lo mismo sean pobres ó sean ricos y opulentos, y los que no tienen las 1.500 pesetas necesarias para redimirse pagan con su cuerpo, pagan con su vida? No cabe llevar más allá el impuesto progresivo al revés, y por eso digo que ello trasciende del orden jurídico y llega al orden moral.

También trasciende al orden moral lo de la lotería. Yo no me acabo de conformar con que exista esa fuente de riqueza para el Tesoro, no sólo porque es una contradicción que repugna, que el Estado, que persigue el juego, le aproveche, le autorice y le regule, sino porque, no hay que hacerse ilusiones, una de las causas principales de que en España hayan tenido tan menguado desarrollo las cajas de ahorros, no es otra cosa que la existencia de la lotería, porque para las gentes, y mucho más para los españoles (y me acuerdo de lo que decía un hombre público que ya no existe, que toda su esperanza y su vida dependía de la lotería y de otra cosa que no quiero nombrar), es preferible esperar la fortuna que les traiga el azar, el ahorro lento, tranquilo, pero honrado, que es el que sirve de base para la formación de las cantidades, que si no se consultaran las estadísticas no se creerían, que produce el ahorro en otros países.

